



María de Zayas y otros heterónimos de Castillo Solórzano

Rosa Navarro Durán



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Índice

A quien leyere	11
Introducción	13
María de Zayas y Sotomayor	19
El «Prólogo de un desapasionado» de las <i>Novelas amorosas y ejemplares</i>	19
La alabanza a María de Zayas en <i>La garduña de Sevilla</i>	24
«Ni eres mujer ni eres hombre»	27
Fontanella y la cara varonil de María de Zayas	34
El nacimiento de María de Zayas	36
Alonso de Castillo Solórzano: una vida para la literatura	43
Puentes entre las novelas	49
Detalles repetidos en las narraciones	49
El marco narrativo de las novelas	58
Argumentos semejantes	67
Amar sin ver pocas veces se ha visto	67
El supuesto amor entre mujeres y el poder de los hechizos de Circe	81
Dos marcas de estilo de Castillo Solórzano	85
Las almas ni son hombres ni mujeres	89
Andrés Sanz del Castillo: un disfraz con estilo ampuloso	93
Inicio intensísimo del relato: un inesperado descubrimiento	96
Suplantar la personalidad de otro y gozar a la dama	99
Generosidad y competencia frente al amor	103
Castillo Solórzano y su Sanz del Castillo	106
Baptista Remiro de Navarra: un heterónimo con alcurnia para la burla	109
Bibliografía	119

A quien leyere

Algunos textos de la literatura española de la Edad de Oro siguen escondiendo aún enigmas en espera de filólogos que los descifren. Como ejemplo de ello ofrezco a los lectores este ensayo, fruto de la investigación que me ha permitido dar sentido a un pasaje de una de esas obras al ver lo que ocultaba y, a partir de ahí, descubrir debajo de cinco novelistas a una sola persona. Quizá dé lo mismo a casi todo el mundo que una obra esté firmada por Andrés Sanz del Castillo o por Alonso de Castillo Solórzano, que es el creador de *La mojiganga del gusto* y de ese nombre tan cercano al suyo bajo el que se esconde; pero estoy segura de que nadie va a aceptar sin más que María de Zayas, la escritora «feminista», no existió nunca, sino que fue solo un heterónimo del propio Alonso de Castillo Solórzano, que alcanzó mucha más fama que él mismo. Pues así es, y voy a demostrarlo.

Introducción

Alonso de Castillo Solórzano es el autor más prolífico de novelas cortas de la Edad de Oro, cuenta con quince obras novelescas que encierran en sí muchas más. La primera que publica, *Tardes entretenidas* (1625), está formada por seis novelas, y la última, *La quinta de Laura* (1649), por otras seis. *Jornadas alegres* (1626) tiene también seis; *Tiempo de regocijo y carnestolendas de Madrid* (1627), tres; *Huerta de Valencia*, cuatro; *Noches de placer* (1631), doce; *Fiestas del jardín* (1634), cuatro; *Los alivios de Casandra* (1640), cinco, y *Sala de recreación* (1649), cinco. Pero además escribe *Escarmientos de amor moralizados* (Sevilla, 1628), que es la misma obra que *Lisardo enamorado* con «la moralidad y aprovechamiento» a cada libro (Valencia, 1629), donde se entrelazan las novelas, vividas por personajes que se encuentran en varios lugares y que se las van contando entre ellos, y ese entretendido de novelas sucede también en *Los amantes andaluces* (Barcelona, 1633); es autor asimismo de cuatro novelas apicaradas: *Las Harpías en Madrid y coche de las estafas* (1631), *La niña de los embustes*, *Teresa de Manzanares* (1632), *Aventuras del bachiller Trapaza* (1637) y *La garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas* (1642). Y en las tres últimas hay personajes que relatan novelas; por ejemplo, en *La garduña de Sevilla* un clérigo, el licenciado Monsalve, cuenta una novela, *Quien todo lo quiere todo lo pierde*; un ladrón, Garcerán, contará otra, *El conde de las Legumbres*; y, por último, Jaime, un bellacón que acabará casándose con Rufina, la protagonista, narra otra: *A lo que obliga el honor*; pero además Rufina se inventará varias historias, que

son principios de novela, para engañar a Marquina, un peruero avaro, al ermitaño Crispín y a Jaime, que también ideará otra para engañarla a ella y que fingirá al final ser poeta vizcaíno, escritor de comedias para robar a un autor, es decir, a un director de una compañía de cómicos. Y aún podemos sumar a esos noveleros a Garay, amigo del padre de Rufina; él se convertirá en el cómplice de la Garduña y engañará al genovés alquimista con otra ficción.

No solo cuentan novelas los personajes, sino que a menudo en las narraciones se disfrazan del sexo contrario y cambian de nombres aun sin trocar su condición, y falsifican documentos, cartas... Castillo Solórzano convierte sus novelas en un territorio proteico, con mutaciones continuas. Y sin embargo... es lo que leemos, no lo que vemos, porque él utilizará otros heterónimos para escribir más novelas: María de Zayas, Andrés Sanz del Castillo, Jacinto Abad de Ayala y Baptista Remiro de Navarra son nombres e identidades que adopta para ser no uno, sino cinco novelistas.

Todos estos supuestos novelistas no tienen biografía; es cierto que se habla de la partida de nacimiento de una tal María de Zayas, pero nada ha probado que fuera la de la novelista, y que se han encontrado nada menos que tres partidas de defunción y un testamento (con dos versiones) de mujeres con ese nombre (la última en Nápoles);¹ como es imposible que las cuatro Zayas sean la escritora y no hay precisión alguna que la vincule a una de ellas, no sirven como supuesta prueba.

Andrés Sanz del Castillo es autor de una sola obra: *La mojiganga del gusto, en seis novelas* (Zaragoza, Pedro Lanaja,

1 Véase Gagliardi (2018).

1641), que dedica a don Francisco de Funes Villalpando y Ariño, primogénito del marqués de Osera (también el librero Matías de Lizau le dedica *La quinta de Laura* de Castillo, en 1649), y nada se sabe de él. Su nombre no está alejado del que se lo dio, pues mantiene el Castillo y se queda con parte del Solórzano. No deja de ser sumamente curioso que una apropiación de novelas —cinco de la *Guía y avisos de forasteros* de Liñán y Verdugo y la historia de Dorido y Clorinia del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán— que da a la luz el librero zaragozano José Alfay lleve tal título: *Mojiganga del gusto, en seis novelas* (1662) y se atribuya a un Francisco La Cueva,² y en su segunda edición con unos breves añadidos pase a llamarse *Sarao de Aranjuez de varios versos y novelas* (1666) y esta vez se ahija a Jacinto de Ayala.³ José Alfay costea la edición de la *Sala de recreación* de Castillo Solórzano (Zaragoza, Pedro Lanaja, 1649) y firma la dedicatoria a don Francisco Antonio González Jiménez de Urrea, aunque tiene claros rasgos de estilo del propio novelista. La descripción de la sala en la que se va a celebrar el sarao en esa espuria *Mojiganga* es precisamente una copia de la *Sala de recreación*, como indica González Ramírez (La Cueva, 2010: 151 y 155). Y ese inexistente autor Jacinto de Ayala nos lleva a otro de los heterónimos de Castillo: Jacinto Abad de Ayala, autor de una sola obra: *Novela del más desdichado amante, y pago que dan mujeres* (Madrid, Juan Sánchez, 1641),⁴ del que se dice en la porta-

2 Francisco de las Cuevas es el autor de *Experiencias de amor y de fortuna* (Madrid, 1626), en cuyos preliminares hay un poema laudatorio de María de Zayas.

3 Véase la introducción de la edición de David González Ramírez (2010).

4 En los preliminares figuran unas décimas laudatorias de Pedro de Castro y Añaya, escritor murciano que murió el 1 de noviembre de 1640; era

da que es «aposentador y gentilhomme de la compañía de los Cien Continuos hijosdalgo de Castilla»; la obra, que tiene una aprobación del padre fray Diego Niseno, de la orden de San Basilio, de 12 de abril de 1640, está impresa con cierto descuido y solo se conserva de ella un único ejemplar (BNE); se publicó en 1973 un facsímil con breve prólogo de Vicente Sánchez Muñoz, que ve la obra como antítesis de las de María de Zayas. Al comentar que su éxito debió de ser solo momentáneo, dice:

Si no alcanzó mayor resonancia después quizá fue a causa de una temprana muerte del autor o al hecho de haberse publicado seis años después de la primera parte de las obras de María de Zayas y Sotomayor, «la reina de los novelistas de entonces», que tuvieron una difusión fabulosa y oscurecieron bastante las de otros novelistas mantenedores de una clase similar. Precisamente, apreciamos un cierto afán de polémica entre la mencionada autora, la mayor feminista de nuestra literatura, y Abad de Ayala, que, fiel a la influencia de Boccaccio —la predominante en este eterno debate entre los defensores y detractores del bello sexo—, rompe una lanza a favor de los hombres, haciendo a su héroe, Leonardo, una víctima de los engaños y perversidades de las mujeres, aunque el desenlace sea feliz y no trágico (Sánchez Muñoz en Abad de Ayala, 1973: 8).

Y razón tiene, como veremos, porque *El más desdichado amante* tiene muchos puntos en común con *El prevenido engañado*, una de las *Novelas amorosas y ejemplares* de María de

amigo de Pérez de Montalbán y de Polo de Medina, ambos del círculo literario de Castillo Solórzano.

Zayas; y el motivo, como demostraré, es que es uno el autor de ambas obras: Castillo Solórzano.

Pedro Lanaja es también el impresor de *Los peligros de Madrid* (Zaragoza, 1646), la sola creación de otro escritor sin biografía: Baptista Remiro de Navarra. Y al comienzo del prólogo está el sello de su autor: «Así, el que escribe expuesto va al [castigo] de la censura del lector, con que le habré dicho a vuesa merced cuán poco temo la suya»; es el leitmotiv de los prólogos al lector de Castillo Solórzano, porque Remiro de Navarra es otro de los heterónimos del escritor de *Tiempo de regocijo y carnestolendas de Madrid* y de *Las Harpías en Madrid y coche de las estafas*.

Sus heterónimos masculinos tuvieron mucho menos éxito que él mismo porque tanto Andrés Sanz del Castillo o Jacinto Abad de Ayala como Baptista Remiro de Navarra son nombres prácticamente desconocidos como lo son sus únicas obras; en cambio, las *Novelas amorosas y ejemplares* (1637) de María de Zayas y Sotomayor tuvieron un gran éxito, que no ha dejado nunca de crecer, y su nombre figura hoy como pionera de la escritura feminista. Su creador decidió darle una segunda obra, la *Parte segunda del sarao y entretenimiento honesto*, conocida como *Desengaños amorosos* —porque está formada por diez *desengaños*— (Zaragoza, Matías de Lizao, 1647). Y mientras que las ediciones de las obras de Castillo Solórzano son escasas, y su éxito solo discreto, las de María de Zayas han tenido mejor fortuna y, sobre todo, su fama es mucho mayor que la de su creador. Fue el mejor disfraz de ese novelista único en el arte de las transformaciones, y tal vez porque se dio cuenta de que su criatura le estaba ganando en la carrera de la fama, dejó en las obras de ella pistas claras para desenmascararla; y de ellas he partido para identificar a sus otros heterónimos.

María de Zayas y Sotomayor

Es María de Zayas quien dice «me conocéis por lo escrito, mas no por la vista», y esas palabras enigmáticas han sido el punto de partida para llegar a ver que ella no existió, sino que fue una ingeniosísima invención de un novelista, Alonso de Castillo Solórzano. Voy a seguir los pasos para ponerlo de manifiesto.

El «Prólogo de un desapasionado» de las *Novelas amorosas y ejemplares*

Las *Novelas amorosas y ejemplares* de María de Zayas (1637), tras los preliminares, cuentan con una epístola al lector de la autora, que comienza: «Quién duda, lector mío, que te causará admiración que una mujer tenga despejo no solo para escribir un libro, sino para darle a la estampa, que es el crisol donde se averigua la pureza de los ingenios», y luego un anónimo «Prólogo de un desapasionado». Desde su mismo título sabemos, pues, que es de un hombre; y no nos costará mucho averiguar su autoría y dar con el nombre del escritor, autor también de dos de los poemas de los preliminares —unas décimas y un soneto— en alabanza de María de Zayas: Alonso de Castillo Solórzano.

En *La quinta de Laura* (1649), la bella y discreta Armesinda nos ofrece, el lunes, un «entretenimiento honesto» (Castillo, 2014: 77), y en la novela que narra, *La ingratitud castigada*, usa repetidamente el adjetivo «desapasionado» con que se

presenta a los lectores el citado prologuista; en la novela nos encontramos primero con los «apasionados» del mariscal catalán, y luego con los «desapasionados», que hablan de la muerte que dio al marqués valenciano. Y en las *Aventuras del bachiller Trapaza*, un poeta (autor de comedias) le cuenta al protagonista —que en ese momento se hace llamar don Vasco Mascareñas— cómo los poetas rivales se valen de la mosquetería para malograr una comedia, y añade: «Cuando hay desapasionados oyentes que atajan el tumulto de los mosqueteros, acábase y continúa otros días» (Castillo, 1986: 263).

El término también aparece en la introducción a la *Parte segunda del sarao y entretenimiento honesto* de María de Zayas aplicado a la mirada de Dios: «Mas cuando las cosas no están otorgadas del cielo, poco sirven que las gentes concierten si Dios no lo otorga; que, como quien mira desapasionado¹ lo que nos está bien, dispone a su voluntad y no a la nuestra»; usado, por tanto, por la propia novelista, mejor dicho, por su creador.

En la *Sala de recreación* (Zaragoza, 1649), la dedicatoria a don Francisco Antonio González Jiménez de Urrea está firmada por el mercader de libros, José Alfay, a costa del que se hace la impresión, que tiene aprobación hecha en Zaragoza a 18 de septiembre de 1639 y censura de 21 de septiembre del mismo año. Pero, como he apuntado antes, el estilo de la dedicatoria es el de Castillo Solórzano porque alude, como suele, a «las lenguas de los mordaces»: «que aun en las más sagradas flores de la pluma muerden y profanan sus purpú-

1 Y lo usa otras veces, por ejemplo en la novela sexta, *El desengaño amando y premio de la virtud*: «bastó para irla desapasionando de su amor, y desapasionada miró su peligro» (Zayas, 2000: 385).

reos y cándidos matices»; y la ha comenzado con una alabanza al escritor, es decir, a sí mismo: «El ingenioso y justamente celebrado don Alonso Castillo y Solórzano, autor de estas novelas», y espera «los aplausos de señores desapasionados, que saben dar calidad y honor», y así «como el Fénix, renazca en lo eterno la fama del autor» (Castillo, 1977: 41). De nuevo encontramos el término «desapasionados» en unos preliminares.

Hay otras tres expresiones del prólogo que nos llevan a Castillo: «a galope tirado», «estafante» y «estríctico». Dice en las *Jornadas alegres*: «y él, subiendo a las ancas, comenzó a caminar a galope tirado»; «que a galope tirado se acercaba a donde estaban» (1909: 287, 327), o en *Lisardo enamorado*: «y subiendo en sus cuartagos, a galope tirado siguieron al que les dio el aviso», «y salime al galope tirado» (1629: 118, 310), etc. El adjetivo «estafante» lo aplica varias veces precisamente a las protagonistas de *Las Harpías en Madrid*, obra que está dividida en cuatro «estafas», porque en ella se habla de la «estafante profesión» (Castillo, 1985: 100). El término «estríctico», de «miserable y apretada condición», está en unos versos de *Las aventuras del bachiller Trapaza* que este escribe al miserable don Mendo: «Oyó el práctico Avicena | la relación hasta el fin, | y al estríctico egrotante, | mesurado, dijo así» y le diagnostica su ruindad (1986: 208); y también en la novela cuarta de Sanz del Castillo, protagonizada por un avaro, «estríctico extranjero» (Sanz del Castillo, 1908: 184).

El prólogo de tal «desapasionado» a las *Novelas* de María de Zayas se inicia con un auténtico ditirambo a la autora del libro: «*un claro ingenio* de nuestra nación, un portento de nuestras edades, una admiración de estos siglos y un pasmo de los vivientes»; y el encomio excesivo roza lo burlesco; pero seguirá con él al añadirle su condición de mujer hasta desem-

bocar en proponer que «como a Fénix de la sabiduría la veneremos y demos la estimación debida a tantos méritos». Lo que subraya reiteradamente de ella es ese destacado ingenio: «tiene de más a más sutilísimo ingenio», «da a la estampa esos diez partos de su fecundo ingenio con nombre de novelas. La moralidad que encierran, el artificio que tienen y la gracia con que están escritas son rasgos de su vivo ingenio».

Luego pone nombre y apellido a ese portento de las letras y señala su ya merecida fama: «La señora doña María de Zayas, gloria de Manzanares y honra de nuestra España (a quien las doctas Academias de Madrid tanto han aplaudido y celebrado), por prueba de su pluma da a la estampa esos diez partos de su fecundo ingenio con nombre de novelas», y a continuación pasa a animar a la compra del libro: «no pidiéndolo prestado sino costándote tu dinero, que aunque fuese mucho, le darás por bien empleado». El prólogo se convierte entonces en enumeración de las «jerarquías de lectores que a poca costa suya lo son, siéndola con mucha de los librerios», hasta volver de nuevo a invitarles a que compren el libro para que ni el estafante ni el gorrero ni el estrictico triunfen y, por tanto, tengan que gastar su dinero para leer tal libro, «pues es plato tan sabroso,² así para el serlo como para la re-

2 En la epístola al lector, Zayas dice: «Esto es decir que el libro a que te convido puede servir por fruta entre otros platos de más sustancias; que está el gusto humano tan achacoso y con tanto hastío de ver las cosas que pasan en el mundo que ha menester valerse de sainetes para quitar los amargores o para tragar los sobresaltos»; pero todo este párrafo desaparece de la segunda edición impresa el mismo año y enmendada «por su misma autora» (Zayas, 2000: 161). Olivares copia en nota lo que se suprime en esta segunda impresión, que es la que él sigue (en la antología de *Novelas y desengaños* de María de Zayas, 2019, sigo yo la primera edición porque las supresiones mutilan a veces considerablemente el texto). Aporto aquí la cita solo para que se vea la

formación de las costumbres». Cierra el prólogo reanudando la alabanza de su «discreta autora», con una frase más asombrosa aún que todo lo dicho: «cuyas alabanzas son dignas de elocuentes plumas, y la mayor que le da la mía es el dudar celebrarla, quedándose en silencio, que en quien ignora es el mayor elogio para quien desea celebrar». Ese «dudar celebrarla» y este silencio final en su elogio contribuye al desconcierto del lector ante tal «desapasionado» prologuista; pero es un dato más que nos da Castillo para ayudarnos a descifrar ese enigma que nos ofrece (era tan aficionado a ellos —imitando a Straparola— que los puso en boca de los personajes de sus *Tardes entretenidas*).

Hay que ir a otra obra suya, *Las Harpías en Madrid* (1631), para ver que ese prólogo es además autorretrato porque su inicio ofrece la misma preocupación por el dinero de la compra del libro y su insistencia en el fin de la lectura para «reformular las costumbres», tras la modificada cita de Plinio del prólogo de *La vida de Lazarillo de Tormes*:

En dos libros que tengo prometido al señor lector (que así le tengo de llamar siempre), éste de *Las Harpías en Madrid y coche de las estafas* ya cumplo mi palabra; sólo quisiera que, habiéndole comprado en casa del librero, no le parezca el mismo libro estafa del dinero que ha dado por él, porque juzgando que no lo vale, la tendrá por tal.

No hay lectura por mala que sea que no tenga alguna cosa buena con que reformar costumbres; si de las que abomina hubiese enmienda, daré por bien empleado el trabajo que me ha costado (Castillo, 1985: 46).

recurrencia de los «platos», sabrosos o de más sustancias en ambos textos, el de Zayas y el de Castillo.

Volveré más adelante a citar este prólogo porque tiene concordancias con el de otro heterónimo, Baptista Remiro de Navarra; pero aquí sirve de una prueba más para desenmascarar al desapasionado prologuista de las *Novelas amorosas*.

La alabanza a María de Zayas en *La garduña de Sevilla*

Castillo Solórzano alabó a doña María en otra de sus obras, en la continuación de las *Aventuras del bachiller Trapaza: La garduña de Sevilla* (1642), aunque en realidad no fue él sino un personaje suyo: el licenciado Monsalve, un clérigo que iba a la corte «a imprimir dos libros que había compuesto, donde había de sacar licencia para darlos a la estampa»; que eran de entretenimiento «por ser cosa que más se gastaba en estos tiempos», uno se titulaba *Camino divertido* y el otro, *Flores de Heliconia*. Y el primero «constaba de doce novelas morales, mezcladas de varios versos a propósito, y el de Heliconia, de rimas que él había escrito estando estudiando leyes en Salamanca»; y les va a narrar a sus compañeros de viaje una de sus novelas, porque Rufina, la garduña de Sevilla, «era amiga de tales libros y cuantos de este género salían los había de leer» (un personaje femenino de baja estofa al que le gusta leer, como la pícara Justina) y «diole deseo de ver el estilo con que escribía el licenciado Monsalve». Él se lo va a describir: «mi prosa no es afectada de modo que cause enfado a los que la leyeren, ni tampoco tan baja de voces que haga el mismo efecto». Y añadirá luego el elogio a María de Zayas:

Esta prosa que hablo es la que escribo, porque veo que más se admite lo natural que lo afectado y cuidadoso, y es atrevi-

miento grande escribir en estos tiempos cuando veo que tan lucidos ingenios sacan a luz partos tan admirables cuanto ingeniosos; y no solo hombres que profesan saber humanidad, pero en estos tiempos luce y campea con felices aplausos el ingenio de doña María de Zayas y Sotomayor, que con justo título ha merecido el nombre de sibila de Madrid, adquirido por sus admirables versos, por su felice ingenio y gran prudencia; habiendo sacado de la estampa un libro de diez novelas,³ que son diez asombros para los que escriben deste género, pues la meditada prosa, el artificio dellas y los versos que interpola es todo tan admirable que acobarda las más valientes plumas de nuestra España. Acompáñala en Madrid doña Ana Caro de Mallén, dama de nuestra Sevilla, a quien se deben no menores alabanzas ... (Castillo: 1642: 46v-47r).⁴

Hay que advertir que el licenciado Monsalve contrapone a los «hombres que profesan saber humanidad» «el ingenio de doña María de Zayas y Sotomayor», pero no dice que sea una dama, y sí, en cambio, lo dice de «doña Ana Caro de Mallén, dama de nuestra Sevilla». Y después de hablar de «lucidos *ingenios* que sacan a luz partos tan admirables cuanto *ingeniosos*», dice que «campea⁵ con felices aplausos el *ingenio*

3 Las *Novelas amorosas y ejemplares* se imprimen en Zaragoza, en el Hospital Real de Nuestra Señora de Gracia, en 1637, a costa de Pedro Esquer, mercader de libros.

4 He cotejado el texto en las dos primeras ediciones: la impresa en Madrid, en la Imprenta del Reino, 1642 (BNE, R/4292), y la segunda, de 1644, Barcelona, Sebastián de Cormellas (digitalizada por la ONB), y no ofrece variante alguna.

5 La palabra «campea» está en *El jardín engañoso* (Zayas, 2000: 515), y en el *Desengaño segundo*: «Llegando, pues, a la edad cuando más campea la belleza» (Zayas, 1983: 172).